

# VÉRTIGO DE MALABARES

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Gnomon es una colección de Ediciones Doce Calles dedicada a textos literarios

EDICIONES DOCE CALLES  
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)  
Tel.: (+34) 91 892 2234  
[www.docecalles.com](http://www.docecalles.com)  
[docecalles@docecalles.com](mailto:docecalles@docecalles.com)

© del texto: Giovanna Benedetti  
© de la ilustración: Giovanna Benedetti  
© de la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L.

ISBN: 978-84-9744-493-4  
Depósito legal: M-26521-2024

Impreso en España. *Printed in Spain*

*Giovanna Benedetti*

VÉRTIGO  
DE MALABARES

Gnomon

## ÍNDICE

En el desliz de los cuentos.....	13
La marioneta blanca.....	17
II.....	19
III.....	20
IV.....	25
Vértigo de malabares.....	31
La noche de Aurora Reina.....	39
La bendición de la quimera.....	45
Cuatro a la tercera potencia.....	53
La gracia fea.....	65
La suerte de Ulises.....	71
El mascarón de La Elvira.....	79
Dolores Garbo habla.....	89
Bálsamo de pantera.....	93
Perpetua.....	99

*A mis nietos, Fabián, James, Lucas,  
Sophie y Oliver*

*¿Por qué hablamos del mundo exterior?  
¿Exterior a qué?*

LUDWIG WITTGENSTEIN

## EN EL DESLIZ DE LOS CUENTOS

*Hay habitáculos  
—como éste—  
de los que nadie se acuerda.  
Trasteros desmontados  
en el desliz de los cuentos.*

*Rincón de las cosas que ya no son  
Giovanna Benedetti.*

Ciertamente hay habitáculos —como los prólogos—, de los que nadie debe acordarse, trasteros desmontados cuya única utilidad es dar cuenta del asombro de quien lo escribe y ser pórtico para el desliz que comparte con el lector que, en apenas unas pocas líneas, terminará atraído con elegancia, y casi al descuido, hasta el centro de unas historias cuyo fin último no es otro que sumergirnos en una belleza desgarradora para confrontarnos con espacios del alma que quizás desconocíamos de nosotros mismos.

Giovanna Benedetti es una de las escritoras panameñas más completas y mejor dotadas para el oficio de escribir, que complementa y enriquece con su faceta de pintora y escultora. La perspectiva, el volumen, la atmósfera (entendida como temperatura del relato), o el cromatismo psicológico de los personajes, son apenas unos de los pocos elementos que podemos mencionar que su arte

pictórico y escultórico aportan a la escritura de estos cuentos, a lo que hay que sumar su honda musicalidad poética y su inteligente uso de los recursos figurativos y metafóricos para mantenernos en el desliz, en el vértigo de sus ficciones.

Los cuentos de *La lluvia sobre el fuego*, libro galardonado con el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró en 1981, es una colección de malabares narrativos de una precisión brillante. Cuentos a los que no les sobra nada, y que calificarlos de redondos es poco: son cuentos matemáticos, porque la aritmética que siguen no admite trampas. Restes, sumes, multipliques o dividas, el resultado es el exacto, así son estos cuentos, que además tienen la virtud de explorar distintos géneros, donde lo fantástico, lo terrorífico, lo romántico, lo «cortazariano», en una palabra, palpitan bajo estas historias. *El notario*, por mencionar uno solo de estos cuentos prodigiosos, es una suerte de *Casa tomada*, de Julio Cortázar, aplicado a la vida de una persona. Un cuento brillante, aleccionador y perturbador a un tiempo.

En 2016, Giovanna Benedetti, fiel a su poesía (que pueden leer reunida bajo el título *Después de los objetos, Doce calles*, 2017), regresa por la puerta grande al cuento, y lo hace volviendo a ganar el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró, con un libro ya clásico de las letras panameñas, *Vértigo de malabares*, en los que su desafío al lector, su «desliz» para atraerlos hacia el vértigo, se redobra con una audacia «endiablada», como dijo en una ocasión otro grande de las letras panameñas, Ernesto Endara. Un libro que desafía las emociones del lector y lo coloca en situaciones límite, utilizando recursos narrativos, casi cinematográficos, como en el cuento *Bálsamo de pantera* o *La suerte de Ulises*, que tiene una luz muy *noir*, o la belleza de circo que es *Vértigo de malabares*, que nos remite a las escenas luminosas de la película *El mayor espectáculo del mundo*.

Y la voz, la voz menuda y profunda de su autora, su singular manera de narrarnos lo cotidiano, su manera de acomodar ante el lector temas como la mujer, la violencia, la venganza, el amor o el misterio, dotados todos ellos de una belleza poética que se nota en la selección minuciosa de cada palabra que ilumina la historia que

construye. En cada uno de estos cuentos asistimos a la posibilidad de ver por dentro las emociones que pretende pulsar en nosotros, sus lectores.

Conocí a Giovanna Benedetti en Madrid, en una cafetería cerca de la Plaza de los Cubos. Desde su atalaya poética, desde su oficio bien transitado, con la voz cargada de experiencia y belleza, me señaló un camino fundamental: el de la lectura de la tradición propia, me mostró que se escribe desde lo escrito por los propios, que la lectura es un compromiso, es otra forma de búsqueda y de escritura irrenunciable, y para quien quiera abrazar el oficio de escribir con conocimiento de causa, una pasión impostergable.

Todo lo dicho —este «habitáculo» lleno de luces sobre la escritura de Giovanna Benedetti—, no pretende más que ser una invitación. Tras todo este grueso parapeto de idas y venidas sobre el oficio de escribir crepita, como un fuego mayor, una sugerente invitación a leer en este solo y hermoso volumen los cuentos de una escritora sorprendente y brillante, que nos dejará un cosquilleo en los párpados de nuestra lectura y un mareo estético de un sabor conocido en nuestro paladar lector: el sabor de las buenas historias, el dulzor de la gran literatura.

Pedro Crenes Castro.  
Otoño de 2023.

## LA MARIONETA BLANCA

Había algo muy equivocado en esa manera que tenía Solange de mirar las cosas. Te hacía sentir muy incómodo y al cabo te desconcertaba. Y no era que su comportamiento fuese en sí desagradable. Nada de eso. Era que, sin darte cuenta, ella te convertía en testigo de su raro parpadeo. De un parpadeo tan irresistible que la hacía concentrar en un guiño la voracidad de sus pupilas.

La primera vez que la vi fue desde el balcón de mi casa una noche después de la lluvia. La luna apenas menguaba y me alcanzó para vislumbrarla en el más inusual de los sitios: la horqueta de un viejo árbol que se ahuecaba excediendo el muro que hacía de cerco a un vertedero lleno de escoria, basura y restos. Vaya, me dije (tirándomelas de indulgente): cada quien que asiente sus ancas donde mejor le entretenga. Pero confieso que cuanto más la miraba, maravillado y sin disimulo, menos entendía cómo aquella diminuta mujer, vestida de punta en blanco, había conseguido encaramarse en semejantes alturas. Me enterneció verla allí sentada, en esa postura contemplativa, como si se estuviese chupando en seco aquel reguero de desperdicios; y aunque no se me ocurrió llevar la cuenta de lo que aguantó entre esas ramas, sí que recuerdo que me asomé varias veces y que ella seguía imperturbada. Y es que el morbo me podía —¡lo confieso y faltaba más!—. No me iba yo a perder el fenómeno: el temblequeo titilante que tenía esa mujer en el cuerpo. Podía notar cómo se zarandeaba, cómo hundía la cabeza en los hombros, cómo meneaba sin parar el rostro y movía las extremidades como un polichinela. Supongo que la luz polvorienta que caía en rayos de la luna ayudaba a fabricar esa imagen; pero aún así tuve la impresión brutal de que algo escapaba al efecto, y

pensé a la larga que las palabras “marioneta” y “muy blanca” servían acaso para describirla, mientras no se me ocurriesen otras que le ajustaran mejor.

El encuentro número dos ocurrió también de noche, pero esa vez fue más cercano y había desde luego más luz. Íbamos por la misma acera, ella bajaba y yo subía, así es que la vi de frente en el momento en que nos cruzamos: tenía la piel muy clara, prácticamente incolora y una melena rubísima que no parecía estar pintada. Conjeturé que podría ser albina, pero recordé que los albinos tienen siempre el iris pálido, de un color celeste líquido, y que esos ojazos redondos eran más bien ambarinos, amarillentos, prácticamente dorados, abiertos como dos fanales en un corazón de alabastro.

Cuando sucedió el tercer encuentro yo ya le había puesto nombre: “la marioneta blanca”. No sé si porque soy ilustrador gráfico, o porque desde niño los títeres, las marionetas y las pantomimas me provocan una impresión ambigua de atracción y de rechazo: como de pánico y ternura al mismo tiempo. En fin —y por la razón que fuera—, la sensación que esa mujer propagaba era la de una figurita de guiñol, un polichinela.

Con el tercer encuentro, lo admito, me puse atrevidísimo. Le seguí los pasos hasta el terraplén, y cuando alcanzó la horqueta del muro supuse que se subiría; pero no, la marioneta blanca se fue directo al vertedero, y yo me fui a su zaga sin que ella se diera cuenta. La vi hurgar entre la maleza, escarbar trastos, cosas viejas. Se desplazaba a saltitos por aquel basurero entre breñas. Daba la vuelta, observaba, volvía a agacharse y se erguía; parecía buscar ciertas cosas que iba encontrando aquí y allá: un portarretratos desvencijado, una botellita de vidrio, el esqueleto de un paraguas, una percha, una gaveta, la cabeza de una muñeca de caucho, una sartén quemada, un mosaico, un recipiente de chapa... y se empeñaba luego en acomodarlos (con cuidado, hasta con cierto mimo) sobre el dintel de piedras tumbadas de un arruinado tabique.

Entonces parecía procesarlos —digo yo— a punto fijo, y se embecía golosa repasando uno tras otro aquellos chismes. Los enfocaba a secas y se les quedaba mirando... mirando con ojos sin guiño, inflando y desinflando el pecho, sacudiéndose como un

títere desbalanceado y sin hilos, con aquel rostro blanquísimo en forma de corazón, encajado en mitad de los hombros.

Y cuando aquel festín de avíos pareció alcanzar su clímax, yo la vi sacudirse el lomo, encorvar la cabeza en la nuca, recular para hacer distancia y luego echarse enseguida en volandas, tremenda, sobre aquella hilera servida, arrojándolo todo en el suelo.

## II

Fue la portera quien me contó que la *marioneta blanca* se llamaba *Solange*. “Solange... no sé qué” —me dijo— revelándome que pensaba que era enfermera, médica o algo por el estilo, porque andaba siempre de blanco; que solamente llevaba dos semanas viviendo en el edificio, que su apartamento quedaba en la misma planta que el mío (de hecho en la puerta de enfrente), que ambos compartíamos el tendedero, y que cómo era que yo no me había dado cuenta, si todas las ventanas interiores, incluyendo la de la cocina, daban frente con frente.

La verdad es que me impresionó (y no sin su dosis de morbo) saber que vivíamos tan cerca. La pequeña marioneta blanca, que ahora se llamaba Solange, con su pinta de chiquilla gótica, su pelo flechudo y pálido, esos ojillos noctívagos de rarísimo resplandor, me traía ya mordido el seso desde que la observé por primera vez muy sentadita y compuesta en la horqueta del árbol del muro; pero no fue sino hasta que la vi llenándose la mirada de trastos viejos, atragantándose las pupilas en aquel vertedero vecino, que había terminado de volarme de lleno la cabeza.

Así que tenía por vecina a una señorita *rara*. ¿Qué tan “rarita” sería? Preferí tomarlo con calma. “Es mejor ser prudente”. Me dije. No fuera yo, por ligero, a pecar de partida de “excéntrico” ni mucho menos a prejuiciar demasiado aquel momento. Después de todo —convine— cualquiera entiende que en ciertos casos las nociones de lo que es “normal” y lo que es “extraordinario” dejan de ser precisas y pasan a ser tan relativas como *arriba* y *abajo*, *delante* y *detrás*, *aquí* y *allá*... En fin, ya veríamos. De momento, estaba todavía en el proceso de asimilar la realidad de que ocupábamos la misma planta, y de que la parte interior de nuestros apartamentos compartía un patio común, de tal manera que las cocinas, los tendederos y las

habitaciones traseras, se miraban entre sí. Mis ventanas tenían persianas, e incluso cortinas, pero por alguna razón las de ella no, y me preguntaba por qué no habría colgado todavía unos cuantos trapos para ocultar la vista. “Bueno, allá ella”, pensé, interpretándolo como una invitación personal al figoneo.

Invitación que me tomé. ¿Y por qué no? A fin de cuentas me picaba la curiosidad por todo el cuerpo. Quería saber más de ella: quién era, a qué se dedicaba, por qué diablos hacía lo que yo imaginaba que hacía... (si es que acaso lo hacía). Pero lo cierto es que me lo estaba poniendo difícil la señorita Solange. Yo, el figón, por más que me empeñaba en llevar a cabo mi labor de figoneo, no lograba obtener ningún resultado digno de recordación. Y eso que mi oficio de diseñador gráfico me permitía trabajar desde casa, o lo que es lo mismo: a pesar de que contaba con el tiempo, la indiscreción y las ganas. Lo único cierto es que al cabo de medio mes de empeño, todo lo que había alcanzado a deducir era que Solange vivía sola, que era una criatura noctámbula y que no atendía ningún horario regular fuera de casa. Vamos, lo mismo que yo.

Hasta que todo cambió...

### III

Un ruido me arrancó del sueño y me acerqué a la cocina a beber un vaso de agua. Envuelta en una sábana, con las mechas de sus pelos blancos parados en pico por toda la cabeza, vi a Solange en la ventana de enfrente sentada encima de la mesa, acurrucada. Le temblaba todo el cuerpo. Salí al balconcito del tendedero. En lo alto del patio interior, la cara llena de la luna aparecía tan sombreada que resultaba como espolvoreada por un montón de manchitas. Un efecto de conjunto muy notable. Lograba distinguir tal vez un metro detrás de la ventana pero a partir de ahí mi vista no avanzaba. No sabía si sus ojos me enfocaban o si miraba otra cosa en concreto. Lo único que captaba era que el contorno de su figura era bastante disparateo y que sus hombros parecían ascender y descender de forma pausada pero con grandes sacudidas.

La saludé con la cabeza y levantando un poco la mano, pero ella no se inmutó; sin embargo —y cosa rara— nos quedamos enfrentados en la oscuridad durante un rato, pero mientras que a

## VÉRTIGO DE MALABARES

*Sólo en el vacío absoluto puede colocarse  
absolutamente todo.  
Fernando Pessoa*

Mecánica. Pura y simple mecánica. Todo lo que sube tiene que bajar. Aitor y Nerea saben que no hay excepción que valga ante la inflexibilidad de esta regla, porque la ley de la concordancia no tiene corazón (no importa lo que digan las etimologías). Cuando estás allá arriba no hay lugar para los sentimientos; debes vaciarte del mundo, asumir tu condición de tráfuga, reducirte al punto ciego entre lo duro y lo blando, y dejar que todo tu cuerpo se corresponda a sus impulsos; sin espasmos, sin cosquilleo abdominal, sin sudoraciones en la nuca, midiendo de lado a lado la oscilación del trapecio con el vaivén de tus ojos: de izquierda a derecha... de izquierda a derecha... de izquierda a derecha... sin perder jamás la cuenta, porque un volatín de cuerda no puede olvidar el ritmo. Si dice “tres” en lugar de “dos”, se mata.

A nueve metros sobre tierra nadie goza en sí mismo del principio de suspensión. Arriba y abajo son dimensiones relativas. En lo alto se encuentra el santuario, la cúpula de los portentos, el gran mirador del mundo hacia la que todo artista del aire debe dirigir sus impulsos —aunque al final sea la caída (ese descenso calculado), lo que en realidad capture la magia de la danza en las alturas—. ¿No es

acaso ese doble movimiento: ascender/descender, la clave de todo conjuro? Por cada objeto que sube otro igual debe caer. Y si no que lo digan ellos: Aitor y Nerea, para quienes hoy —literalmente— el mundo se reduce a ese pañuelo de cuatro puntas que ella amarra entre sus tobillos y que él deberá pescar en volandas con la cabeza al revés. Pero el tiempo (ese brutal equilibrista) suele ser también acróbata; y por más que se le desoville, o se le escurra entre colgaduras, siempre habrá de continuar, por su cuenta, dando vueltas... hasta que algún día la pregunta acabe siendo obligatoria: ¿cuándo empieza la cuenta atrás? ¿a los cuarenta? ¿a los cincuenta...?

Tres décadas de malabares dan para muchos vértigos. Aitor lo tiene más claro: el espasmo en la musculatura, el tinitus en los oídos, el fuego en las axilas, la curvatura del cuerpo. A Nerea todavía le seduce el fulgor de las lentejuelas. Y es que antes, mucho antes de despertarse un buen día siendo pareja sentimental; antes de que el columpio les amarrase al tobillo una infinidad de cabos sueltos, y de que su mundo entero acabara siendo un polígono de tres pistas, ellos ya habían aprendido a perpetuar el momento, a despojarse de la rigidez del cuerpo, a abandonar el señorío del suelo y a dejarse caer en volteretas sobre la arena sin red.

Una mañana, casualmente, antes de salir a ensayar en la pista, Aitor le había preguntado: “¿Cambiarías una playa inmensa por la plenitud de este momento?” Pero su mujer le había desmontando la pregunta con una mirada intranquila que no paraba de buscar, con el rabillo del ojo, la punta flexible del látigo que envolvía el poste de amarre. Aitor le lanzó por los aires un enorme aro dorado, y a Nerea se le ocurrió pensar (justo cuando lo atrapaba al vuelo), en una lagartija que se las piraba corriendo sobre la superficie estancada del agua. “Vamos, cariño —animaba zalamero él—: muéstrale al mundo esa tonicidad *neréica* que a todos hipnotiza.” Y ella, entregada como siempre, cogía aliento y se encaramaba reptando por la colgadura del brabante, hasta el nudo de la viga donde se columpiaba el gran trapecio. Allí arriba, y una vez que el ángulo de operación establecía sus coordenadas, la pirueta comenzaba a elaborarse a punto fijo: la manivela del impulso, el rebote desplegado, el doble salto mortal, el formidable “arete de la diosa”... con su caída libre de cabeza, hasta destrenzar entre cabriolas la larga maraña de

cintas, sobre un Aitor expectante y armado únicamente de sus brazos y sus piernas, que habrá de recogerla al vuelo, sujetándola por los tobillos antes de tocar el suelo. En el puro dominio mecánico del cuerpo, aquello era un compendio de elaboradísimas rutinas. Materia y energía... acción y reacción... cadencia y equilibrio.

Sí... ¿pero hasta cuándo?

Esa era la cuestión. Y es que para un volatinero, el calendario es como una gran losa de granito con patas, que a ratos se camufla y da la impresión de estar situada siempre un poco más allá, donde apenas si hace bulto; y sin embargo se mueve... avanza, sí: eclipsada por la falsa percepción de alejamiento, hasta que un día —un día cualquiera— se te echa encima o te estrellas con su muro. Y si el tiempo definía, infranqueable, sus barreras... no se quedaban a la zaga las nuevas claves de la época. En la última audición, sin ir más lejos, la empresaria no hizo más que bostezar, repantigada en su butaca, mucho más atenta a los emoticones de su infatigable móvil, que al virtuosismo volador de la pareja. Entre bambalinas y telones (inútil ya negarlo) resoplaba un viento intruso de música y luminotécnica, donde ya no parecían encajar las singularidades del oficio.

Entre tanto —como dicen— el espectáculo debe continuar. Antes de salir de casa, Nerea y Aitor se han preocupado, como otras tantas veces, por regar las plantas del balcón; recogieron los restos del almuerzo, asearon el baño y la cocina, dejaron una nota pegada en la puerta del refrigerador con un imán; luego cerraron la puerta del apartamento a sus espaldas, tomaron el autobús a la vuelta de la esquina, y cogidos de la mano, caminaron hasta el emporio de la rutilante feria urbana, donde escucharon, como cada día, el murmullo espacioso de las escaleras y volvieron a soportar el ritornelo de “treinta años ya es bastante”, antes de entrar al camerino para vestirse de lentejuelas y encarnar sus figuraciones: él como “portor” y ella como “ágil”; conscientes de que allí afuera —sobre el trapecio en las alturas— les espera el único espacio que todavía les pertenece.

La compañía les ha programado una gala de beneficencia y el aforo es completo. La combinación de unas largas telas colgantes y una colorida imagen cinética, empieza ya a estamparse por encima de la cascada de luces. Comienza la música y la luminotécnica se

dispara. Nerea y Aitor esperan su turno tras bambalinas. Saben que nada se improvisa en las alturas; que todo lo que sucede allí arriba se encuentra debidamente regulado: cada una de las acrobacias, todos los desafíos, incluso las rutinas más representativas y monótonas. En cualquier momento hay que saber “leer” el gran vacío, aprovechándose de sus propias leyes para arremeterlas en vaivén; algo que sólo se consigue —ellos lo saben— con una enorme disciplina: estableciendo modelos de códigos, dividiendo el espacio en dominios y creando estructuras de referencias donde cada elemento pasa a ser portador de un signo fijo. ¡Y es que los volatines y trapecistas son ante todo criaturas semióticas!

Aitor estira el cuerpo y aprieta con fuerza los párpados. Está intentando nivelar su respiración para no caer en la aberración del vértigo. El *vértigo*, sí: pero no esa turbación de síncope, mezcla de mareo y vahído, que se suele sentir a ratos ante la inestabilidad del cuerpo... sino el otro: el de “malabares”, ese que trastoca los sentidos y puede llegar a ocasionar una percepción alterada de la realidad. Con el vértigo (el de malabares), todo alrededor modifica su medida: las cosas lejanas se acercan y las cercanas se acomodan escenificando nuevos cúmulos.

El silencio es universal. Cualquier sonido en este momento sería intolerable. Ahí asoma ya Nerea. Va cayendo en volteretas desde la cúpula afianzada a una maraña de cintas de variadas iridiscencias. La música rebota en sus puntales y ella recoge el compás. ¿Quién dice que están viejos? ¿Qué esos bien torneados cuerpos no presentan ya la misma flexibilidad de hace tres décadas? Nadie diría que Nerea ha cumplido ya cincuenta años, a la vista de la sutil agilidad con la que alcanza a remontar el aire. Siempre ha sido la reina de los cielos, *la diosa del arete* y sus piruetas y contorsiones le ganaron la fama de la “mujer que vuela”. Y la fortaleza de Aitor parece ser la misma de otros tiempos. Provocación y sagacidad. Riesgo y destreza. En eso consistía la buena estrella que hacía de Aitor una leyenda. A la combinación de un físico elegante y garboso, se sumaban tanto la precisión de sus reflejos como el impecable gusto con que él conseguía elaborar intrincadas coreografías. Como artista del trapecio, era un sobreviviente (todos lo eran) y su cuerpo manejaba tanto heridas propias como ajenas: aquel torpe y vicioso momento